

tal es el de su yo egolátrico. Todo novelista ve el mundo a través de su yo, pero intenta a la vez escaparse de él, saltar desde él a otros yos objetivables. Proust, no. Se ha quedado bien encerrado en su casa, viendo el mundo exterior pero interesándose más por cada manchita, por cada arruga, por cada peculiaridad del cristal aislador. Lo que a su través nos llega, produce a veces un efecto un poco fantasmal, como si—pese a la agudeza sensorial de Proust—careciera de color, de sonido, de perfume. Es un mundo levemente opaco, visto como a través de un cristal demasiado espeso, de unas aguas tan densas que apenas permiten escuchar el desteñido son de las campanas sumergidas. Ese es, en ciertas ocasiones, el efecto que provoca la obra proustiana: un bello mundo novelesco anegado tan profundamente en las aguas del yo del autor, que el personal latido de éste suena más que el de los otros seres, hechos casi latido y sangre del novelista³.

El cristal que impide a Miró interesarse eficazmente por las acciones humanas es menos rígido y personal. No está tanto en sus ojos como en la atmósfera, esa atmósfera blanda, hecha de colores, fragancias, sonidos, ternuras o asperezas, dulzuras o acideces, que constantemente se está interponiendo entre el autor y sus personajes. Miró ve la vida y ve a los hombres como una bella estampa que describir. En sus novelas la acción o la descripción interesan más por su calidad plástica que por su resonancia humana. Todos los gestos—aun los que parecen más dramáticos y espontáneos—se resuelven en actitudes plásticas.

Un espeso cristal de olores, sabores, sonidos, color, sensaciones táctiles, mantiene a Miró encantada, mágicamente aislado de toda acción y de todo interés por sus personajes, en cuanto tales hombres, portadores de una intimidad a la que el autor apenas sabe o quiere asomarse, detenido por constantes y bellos efectos plásticos, auditivos, táctiles; detenido por una densa sensualidad en la que todas las sensaciones se mezclan barroca, sinestésicamente⁴.

